

como en la propia tierra del Mesías, las salas del Hospital huelen menos a cloroformo y mucho más a incienso y mirra. Porque son estas fiestas como un «alto el fuego» en las horas largas y tediosas del sufrimiento humano.

Pocos días después, y entre las camas simétricamente alineadas y maravillosamente limpias, hacen su aparición los tres Magos de Oriente, precedidos de lindas muchachas de la Sección Femenina, ricamente ataviadas de pastoras y haciendo sonar sus panderetas. El júbilo de los niños hospitalizados llega entonces a su más encendido límite. Los hay que se restregan los ojos como si fueran víctimas de una absurda pesadilla. Pero, por fortuna, todo aquel brillante desfile es una efectiva y dichosa realidad, porque entre sus manos blancas y débiles está el caballo de cartón, la rubia muñeca, el lujoso y rápido «haiga», sin que falte a la cita de tan ilusionadas sorpresas el libro de cuentos primorosamente ilustrado por el lápiz del dibujante.

Digno también del más caluroso encomio es el Hospital de San Juan de Dios, debido a la piadosa iniciativa del Venerable Antón Martín, y quee está destinado a las especialidades de Dermatología y Sifiliografía, con un competente cuadro de ilustres profesores, verdaderos maestros en el difícil empeño de curar esta clase de enfermedades. Posee, además, un interesante Museo, único en su clase, fundado por don José Eugenio Olavide y ayudado por los doctores Castelo y Serra, poseyendo piezas de extraordinaria importancia, ejecutadas en cera y escayola por hábiles profesionales. Del mérito de este Museo, que goza de gran renombre en los medios científicos, nos da una idea el hecho de que en 1889 fueron llevados estos trabajos al Congreso de Dermatología y Sifiliografía celebrado en París, y las ofertas monetarias de varias entidades extranjeras que deseaban adquirir las piezas. Y respecto al edificio, dada la hermosa capacidad del mismo, convenientemente dividido en amplios pabellones, en los que el sol y el aire penetran con saludable libertad, nadie diría que dentro de su recinto aletea el fantasma del infortunio; infortunio llevado con auténtica resignación gracias al afectuoso trato que reciben los hospitalizados en su convivencia diaria con los médicos y personal administrativo; cariño que se hace más patente cuando alguna fiesta de importancia junta a todos bajo la advocación del Santo Patrono fundador o cuando los tambores de Navidad anuncian el feliz acontecimiento de la Natividad del Señor.

Estas Nochebuenas, tranquilas y felices, nos recuerdan, con inevitable dolor, aquellas otras llenas de zozobra y de odio, con la muerte acechando en cada esquina, cuando la ausencia de Dios en los corazones hizo posible la supresión de tan antiguas tradiciones. Por eso, en la Navidad de 1939, humeantes aún las ruinas de las ciudades mártires, el fulgor de la estrella que se desflora sobre los campos de Belén tuvo un cristiano brillo de universal confraternidad. Fué en tales días cuando volvió a recobrar su hondo sentido humano el cántico de los ángeles ante el glorioso portal: «Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad».

—O x O—

Preocupación constante de Nuestra Corporación Provincial ha sido siempre la dignificación de la madre lactante o en período de gestación, y la ayuda al niño desamparado. Para remediar ambas necesidades se fundó en 1837 por doña Carmen Bucet el Asilo de las Hijas de Santa Paula, en el que eran atendidas aquellas mujeres que precisaban los auxilios propios de su estado.

Treinta y dos años después, en 1869, y como consecuencia de este primer brote, instituyó el presbítero don José María Tenorio, en el mismo edificio que ocupó la Inclusa de la calle del Mesón de Paredes, la primera Casa de Maternidad, que empezó a funcionar en 1870, y en la cual se fusionó el antiguo Asilo de las Hijas de Santa Paula.

Muchas personas de nuestra generación recordarán todavía la leyenda negra que pesaba sobre la Inclusa, en cuyo viejo paredón, lindante con la calle de Embajadores, aparecía aquel humillante letrero redactado con doloroso laconismo: «Abandonado por mis padres, la Caridad me recoge». Y, debajo de él, una sórdida y estrecha ventana, que no se abría más que cuando alguna desgraciada depositaba en ella el fruto de sus amores culpables. En algunas ocasiones, la chiquillería del barrio apostrofaba duramente a la mujer que de tal modo se desprendía de la criatura, sin que a este alarde de sentimentalismo popular faltasen las consabidas comadres madrileñas, chismosas por naturaleza, pero de caritativo corazón, a quienes el espectáculo del niño abandonado sacaba fuera de quicio. La intervención de los «guindillas», como se llamaba entonces a los guardias de Seguridad, abortaba el pequeño motín.

Hoy, la admirable labor depuradora de la Diputación ha puesto fin a tales vergüenzas, y en lugar del torno, humillante y folletinesco, y mediante un pequeño trámite burocrático, la madre que se ve en la precisión de desprenderse de su hijo no es víctima de las iras populares, ni tiene que llamar con sus nudillos vergonzantes a la famosa ventana barriobajera, pues manos siempre cariñosas, acostumbradas a derramar la caridad y el consuelo entre los humildes, se hacen cargo del recién nacido, que desde aquel momento queda bajo la tutela de la Diputación. Nuevos tiempos trajeron nuevas ideas, y al cambiar de sitio ambos Establecimientos (la Casa de Maternidad y la Inclusa), han tomado los nombres de Instituto Provincial de Obstetricia y Ginecología e Instituto Provincial de Puericultura, respectivamente.

Dotados los dos de cuantos adelantos clínicos son necesarios para el mejor cumplimiento de su misión, pueden servir de modelo como instituciones de esta índole. Anejo a dicho Establecimiento está el Colegio de Nuestra Señora de la Paz, en el que se educan aquellas niñas que no fueron reclamadas por sus padres o familiares durante su estancia en la Inclusa. De allí salen convenientemente capacitadas para ganarse el pan de cada día; lo que hace factible que en este internado, que pudiera llamarse de primera categoría, las risas infantiles y la consiguiente satisfacción de vivir, tan naturales en estas edades, se eleven al cielo como una plegaria sin palabras. Tampoco les falta a esas niñas el puro goce navideño, la dorada ilusión del momento, igual que a las otras acogidas en el Colegio de las Mercedes, así denominado en recuerdo del casamiento de la princesa María de las Mercedes con su primo Alfonso XII, y que es otra institución que honra con creces los buenos mecenazgos de la Diputación, logrando que las alumnas de este antiguo Colegio puedan cursar estudios superiores.

Y pasemos al Colegio de San Fernando, ayer Hospicio y famoso por su magnífica portada churrigueresca cuando estaba instalado en la calle de Fuencarral, donde la alegría está exenta de todo dolor; donde la Sierra vecina, envuelta en las brumas de la lejanía, nos habla de salud y fortaleza física; donde, la sabia dirección de los Padres Salesianos, cuida de los muchachos allí albergados, proporcionándoles una formación cultural y manual que les capacite para vencer los obstáculos del mañana. Aquí, la Nochebuena adquiere un suave tinte paternal; aquí, la dádiva de juguetes, va acompañada de sanos consejos, de oportunas sugerencias, de cuanto, en fin, es necesario para moldear el espíritu del hombre llamado por su condición de tal a luchar y vencer en la vida.

—O x O—

Dejando aparte la prosa lírica, preguntémos con detenimiento: ¿Quién mueve los hilos de este régimen de cristiano humanismo? Pensemos que hay un factor principal que hace posible esta honesta euforia de cuantos se ven privados por diferentes razones del calor familiar. Empleando un símil harito poético podemos decir, sin temor a equivocarnos, que el hada madrina de este hermoso cuento de Navidad, con inconfundible sabor hogareño, es la Excelentísima Diputación Provincial de Madrid, que sabe convertir en afortunadas realidades cuantas iniciativas salen de la clara inteligencia de su digno presidente, el señor Marqués de la Valdavia, acertadamente secundado por la ayuda facultativa y administrativa de los mencionados centros benéficos. Todos, en estas fechas, ponen su entusiasta empeño para que en esa noche universal, acogidos y enfermos, sientan en sus almas, deseosas de salud y de cariño, el tibio calor de una España que comenzó a alborear en 1939.

EMILIO REVERTER ALONSO



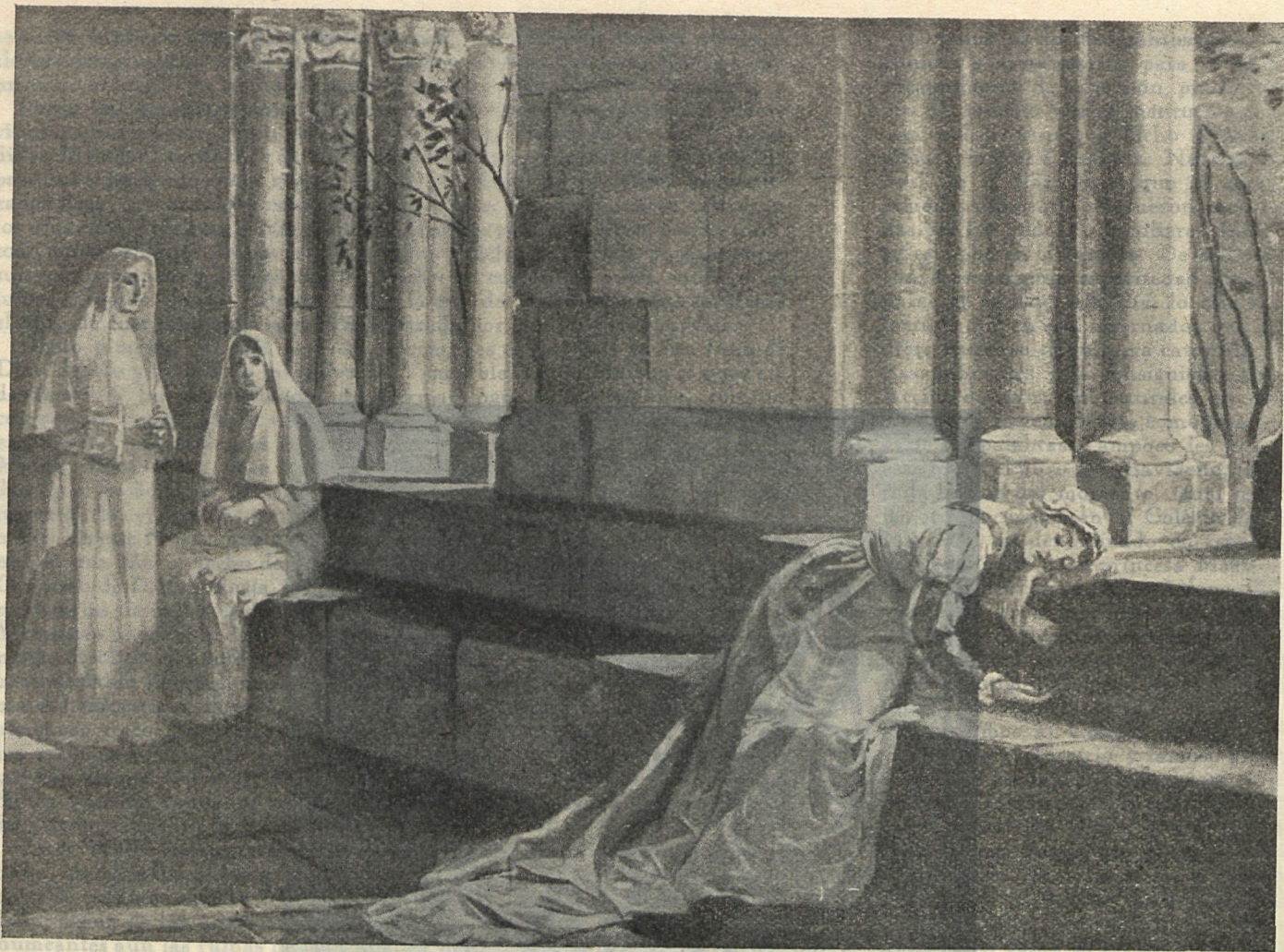
EL CARDENAL CISNEROS

BIOGRAFIA DE UN GRAN HOMBRE

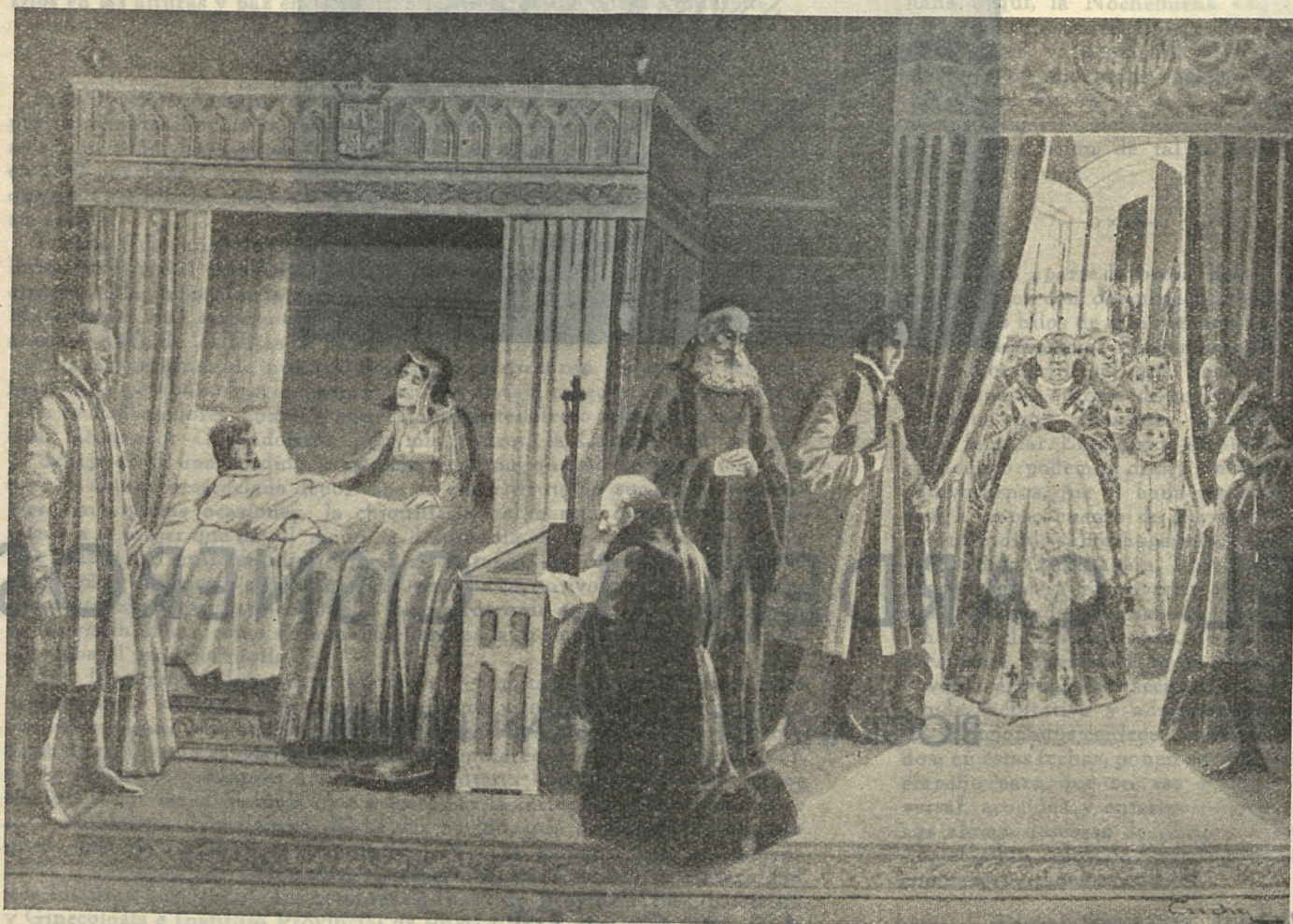
por

Antonio Cantó Téllez

(6)



Doña Juana la Beltraneja en el Convento de Portugal.



Felipe el Hermoso en su lecho de muerte.

(Continuación.)

Acababan de llegar a Segovia desde Flandes dos molestos huéspedes: Filiberto de Borgoña y Andrea del Borgo, astuto personaje de Cremona, los que, aprovechándose de la insubordinación de los grandes y del abatimiento del Rey, le acosaban con sus exigencias e imposiciones.

Enterado Cisneros de todos estos manejos, lleno de indignación y compadecido del Monarca, partió con toda rapidez hacia Segovia, llegando de improviso hacia el medio día, sin avisar a nadie y sin ser notado en la ciudad.

En cuanto llegó a su posada, con el mismo traje de viaje y sin sacudirse el polvo del camino ni saludar al Rey, envió un recado a los legados en el crítico momento en que éstos se sentaban a la mesa, «ordenándoles al punto a verse con él, y sin pérdida de tiempo», advirtiéndoles que si en todos los negocios convenía aprovechar el tiempo, «ahora más que nunca había que hacerlo por las gravísimas consecuencias que podrían derivarse en la tardanza».

Algo se asustaron los embajadores, pero los grandes les tranquilizaron, mandando decir al Arzobispo «que iban a comer y que después irían a verle».

Volvió a insistir Cisneros con orden más conminatoria, advirtiéndoles que el asunto no admitía dilación alguna.

Volvieron a asustarse los áulicos, pero esta vez más seriamente, y dejando el yantar fuéronse al palacio, donde ya estaba el Cardenal por si tenían reparo en ir a su posada.

Apenas enfrentado el Prelado con los dos miserables polícastros, revestido de su proverbial austeridad y celo por el bien público, con justa indignación les amenazó con poner todo su poder y prestigio en Castilla en contra de las arbitrariedades de su señor, lo que le podría salir muy caro; «es, pues, preciso que ahora mismo, por los caballos de la posta ya apercebidos, enviéis legados al rey Felipe para que si prosigue en su hostilidad contra Fernando, cuyo único interés es el bien de la Nación, sepa que no faltarán grandes, y entre ellos el Arzobispo de Toledo, que apoyen a éste con todo su poder y le impidan a él definitivamente la entrada en estos Reinos».

Quedaron anonadados los dos aventureros ante la arrogancia del Cardenal, y conociendo su tenacidad e invencible reciedumbre, escribieron a Felipe exponiéndole bien a las claras las fatales consecuencias que le podrían venir al enfrentarse con aquel ¡ESPAÑOL!

El 20 de octubre firmóse en Salamanca la famosa concordia entre el «viejo catalán» (como llamaban los flamencos a Fernando) y su yerno, por la cual debían reinar los tres y firmar los documentos con la fórmula «los Reyes y la Reina», tratos que firmaron de mala fe los flamencos, como vamos a ver.

19.—EL BREVE REINADO DE FELIPE EL HERMOSO. POLÍTICA DE CISNEROS Y HECHOS MÁS NOTABLES DURANTE ESTE TIEMPO. MUERE DON FELIPE Y SE AGUDIZA LA ESQUIZOPRENIA DE DOÑA JUANA.

El 8 de enero de 1506 embarca el matrimonio Felipe y Juana en Zelanda con rumbo a España, saliendo don Fernando al encuentro de sus hijos. Pero al llegar a Torquemada se entera con desagradable sorpresa que, en vez de desembarcar en Laredo, habíanlo hecho en La Coruña, pues el ladino Felipe quería a toda costa evitar el encuentro con su suegro y estar lo más lejos de él posible.

Desembarcado el 26 de abril, y sabido por Fernando el lugar, marcha a Galicia con el entusiasmo de saludar a sus hijos, pero al llegar a Astorga se entera de que a su hija doña Juana la traen secuestrada, al mismo tiempo que una orden de don Felipe le obliga a no proseguir viaje, ya que él mismo iría a su encuentro cuando mejor le conviniese.

Mientras, Cisneros se puso también en camino para

juntarse con el Rey en Astorga, alcanzándole en Molina, donde se entretuvieron perdiendo el tiempo más de veinte días.

Los nobles, ya enemigos de don Fernando, salieron con sus mesnadas al encuentro de Felipe, sumándose a los tres mil alemanes que traía el Archiduque, el cual, envalentado a la vista de este tren, no se recató de publicar que no respetaría la concordia de Salamanca, y que venía a reinar sólo en nombre de su esposa como legítima Reina de Castilla, aunque a él no le importaba gran cosa doña Juana.

Fernando cada vez se iba quedando más solo, pues, aparte de Cisneros, sólo le eran fieles el Duque de Alba, el Conde de Cifuentes y algunos otros pocos caballeros, llegando a desconfiar de todo el mundo, incluso del Arzobispo, error que luego subsanó, como se verá.

Se proyectó mandar a la Corte flamenca al Cardenal para arreglar las diferencias, incluso con el beneplácito del Archiduque, y puesto en camino de Santiago, al llegar a Puertomarín se enteró que la dicha Corte había salido para Orense, teniendo que volver a desandar camino, muy contrariado por la fuga y mala idea de Felipe, que a toda costa quería entrar en Castilla solo y sin la compañía a toda costa de su suegro. ¿Era por astucia o por temor al viejo Rey?

Por fin, al siguiente día fué recibido Cisneros con toda ostentación por el Archiduque y otros personajes de la nobleza. En estas entrevistas y trabajosas gestiones, el Cardenal desplegó todo su talento, dando gusto a unos y a otros, sin menoscabar los derechos y prestigios de la Nación, donde dos Cortes familiares en pugna mantenían vagando por los campos sus diversas aspiraciones y puntos de vista, en un miserable y desprestigiado espectáculo que hubiese avergonzado a la Reina Isabel de haberlo podido presenciar, con aquellas luchas y riñas de españoles y flamentos, y de éstos entre sí.

Cisneros apoyó el testamento de la Católica Reina, pero excluyendo a don Fernando de la Regencia en favor de Felipe, y manifestándole al mismo tiempo que se aconsejara de su suegro para los asuntos del reino, por ser más experimentado en ellos.

Por este tiempo estaba vacante el Adelantamiento de Cazorla, por muerte de don Hurtado de Mendoza, coyuntura que aprovechó Cisneros para proveer en don García de Villarreal, su sobrino, dicho Adelantamiento, con la sorpresa de los señores y grandes allí presentes. ¿Fué esto nepotismo? ¿Fué restar un importante cargo a los entrometidos extranjeros? Villarreal desde niño había sido entregado a la tutela de Cisneros, y su tío «era madrugador».

El tiempo pasaba y el Toledano se iba cansando de tantas trabas y dificultades puestas por el Archiduque, hasta que, encarándose con éste, le manifestó «por cuán dura y grave cosa se tendría en el mundo que se entendiese que el Rey su suegro fuese de la manera que iba a ver a sus hijos, y se lo rehusasen e impidiesen». Pero ni aún así hizo caso Felipe, respaldado como venía por su artillería y gentes de armas, al amparo de las cuales ya se había apoderado de los tres Maestrazgos, la mitad de las rentas de Indias y diez cuentos de juro de las sedas de Granada, a lo que Fernando accedió por no complicar más las cosas, considerando la inconstancia de las cosas del mundo.

El Rey Felipe parece que estaba dispuesto a continuar la discordia, no obstante los buenos propósitos de su suegro, el cual iba sin aparato de guerra.

Esto exasperó al Toledano, que harto de tanta dilación hizo llamar a los consejeros de Felipe, el taimado don Juan Manuel y el enredador señor De Vila, que eran el alma de todos los chanchullos, diciéndoles después de varios altercados que se viniesen con él para hablar al Rey Fernando, accediendo por fin, pero pidiéndole se pusiese en rehenes al Duque de Alba y a don Antonio de Fonseca. ¡De esta guisa recelaban unos de otros!

Por fin se concertó la entrevista para el 20 de junio,

siendo el lugar de la cita un agreste robledal de Las Frietas, en la mísera alquería de Remesal, entre Asturianos y Puebla de Sanabria.

Fernando llegó con doscientos caballeros en trajes de paz y desarmados, mientras Felipe se acercaba con los suyos en punto de guerra, pasando adelante hasta mil alemanes para reconocer el campo, siguiendo después los caballeros con armas secretas, y por fin Felipe, en gallardo caballo y armado hasta los «colmillos», llevando a su derecha al Cardenal Cisneros, que nada de este aparato pudo evitar con sus razonamientos, y a su izquierda al «tal» don Juan Manuel.

Los grandes de Castilla se fueron acercando a don Fernando a besarle la mano, correspondiéndoles el Rey con efusivos abrazos. A uno de ellos, el Conde de Benavente, al sentirle armado, le dijo riendo: «Conde, ¿cómo habéis engordado tanto?», respondiéndole: «Señor, el tiempo lo causa». A García Laso, señor De Cuerva, le dijo: «García, ¿y tú también?» «Señor, por Dios, así venimos todos por desconfiar del alemán.»

A todo esto, Felipe, apeándose de su caballo, intentó besar igualmente la mano de su suegro, impidiéndosele éste al mismo tiempo que le besaba en la mejilla con muestras de mucho amor y «risa en la boca».

¡Qué contraste entre la bélica y aparatosa comitiva de Felipe y el pacífico séquito del Católico! Pronto Dios iba a dejar sentir la mano de su inescrutable e indiscutible justicia en aquel caballerete extranjero.

Muy próxima se hallaba una ermita, donde se entraron a platicar ambos Reyes, y al ver el Cardenal que también quiso meter la nariz don Juan Manuel para aconsejar al joven príncipe en contra de su suegro, encarándose con el astuto valido, con gran resolución le dijo: «No es buen comedimento que los particulares se hallen presentes a las hablas de los príncipes». Nada replicó el intrigante, pero se puso a la puerta, visto lo cual le dijo nuestro Cardenal que se saliese, pues él quería servir de portero, y dicho esto le dió con la puerta en las mismas narices, sentándose de vigilante en un poyo que allí había.

Fernando parece que habló afable y dulcemente a su yerno, manifestándole que nunca se entrometería en sus asuntos, y que lo único que haría sería cumplir la última voluntad de la Reina su mujer, y dándole algunos saludables consejos para tratar con las gentes del Reino, esperó a escuchar a Felipe, que en pocas palabras aprendidas de la escuela de sus privados, le manifestó que agradecía los buenos deseos de su padre político, y sin hacer mención para nada de doña Juana a su amargado padre, se despidió de él, quedando don Fernando muy deprimido de la entrevista, sobre todo por no poder ver a su hija.

Don Felipe hizo fuerza sobre los grandes para que con sus firmas se pudiera encerrar a doña Juana, pero al Almirante de Castilla le pareció antes mejor visitar a la Reina en la fortaleza de Mucientes (Valladolid), adonde se encaminó con el Conde de Benavente, encontrándose con el Arzobispo de Toledo, que había ido allí con el mismo fin, viendo a doña Juana de negro, con un capirote en la cabeza que casi le cubría el rostro. A la vista del Almirante, se levantó, haciéndole cortesía, preguntándole al mismo tiempo por su padre, al que tenía vivos deseos de ver.

La reina no contestó cosa alguna desacertada. Pero el Rey daba prisa para que se le encerrase, a lo cual respondió el Almirante que si iba a las Cortes de Valladolid sin la Reina, podría ser causa de alborotos en el Reino; que pondría en libertad a la cautiva, cuya enfermedad no era nada más que una celopatía exaltada, causada por las «demasiadas» veleidades del «apolíneo» Felipe.

Llegóse al acuerdo de marchar a Valladolid, y a Renedo después, los dos esposos, advirtiendo don Fernando a su yerno que se mostrase más amoroso en público con su esposa, por evitar mala impresión en la opinión pública, dada la mala reputación del Rey en sus devaneos amorosos y libertina conducta.

Coincidieron en Renedo suegro, yerno y Cardenal Cisneros, entrevista que duró hora y media en una iglesia, despidiéndose don Fernando sin tratar de negocios, pero sin ver tampoco a su hija. ¡Hasta este punto llevaba su perversidad aquel malvado príncipe! El padre, sobreponiéndose a sus sentimientos, partióse a su Reino de Aragón, al mismo tiempo que el joven matrimonio salía hacia Valladolid acompañados de Cisneros, que iba «rumiando» por el camino la ferocidad del Archiduque al negar a un atribulado padre el consueo de ver a una hija por tanto tiempo ausente.

Ya en Valladolid, pensó Felipe ir a Burgos y Simancas, en cuya fortaleza pensaba encerrar a su mujer. Salieron de la ciudad, y la Reina iba entre el Arzobispo y el Condestable, y al llegar a una bifurcación del camino, preguntó doña Juana cuál de los dos conducía a Simancas, respondiéndole sagazmente el Condestable: «Estotro es el que va a Burgos», y torciendo la Reina, forzoso les fué a los demás seguirla, llegando la comitiva a la ciudad de Benavente, donde se hicieron a don Felipe grandes festejos que duraron quince días. Llegó Cisneros a la plaza de la ciudad con parte de su séquito, a tiempo que iba a dar comienzo una corrida de toros, a la que asistía el Rey y toda su Corte. Habíase ya tocado la señal de salida del toro, cuando pasaba el Arzobispo por medio del ruedo, apareciendo delante de él el fiero animal. Cisneros prosiguió caminando sin inmutarse, firme y resuelto, mientras los de su séquito procuraban ponerse a salvo, siendo revolcados algunos por la bestia, teniendo que intervenir los ministros reales, que dieron muerte al astado.

Llegado al palco regio, preguntóle el Rey si se había asustado, respondiéndole Cisneros sencillamente que no, pues siempre confió en la ayuda de los ministros regios, amonestando al mismo tiempo al Conde Pimentel para que otra vez tuviesen más cuidado sus alguaciles. «En cuanto se toca a la salida, señor, ya no hay más recurso que salvarse el que pueda.»

Terminados los festejos, la comitiva se puso nuevamente en marcha, llegando a Burgos, donde la Soberana se aposentó en casa del Condestable, de donde no salía para nada y en donde fueron jurados como Reyes en medio de grandes festejos, comenzándose a entender en los asuntos del reino, aunque con disgusto del pueblo, por no hacerse nada más que lo ordenado por el Contador Mayor, don Juan Manuel, que gobernaba en provecho propio, haciéndose señor de Castilla.

Pero el indeseable valido no contaba con el indomable temperamento español, tan genuinamente encarnado en la persona de Cisneros, que con gran entereza se enfrentó con él, llegando a romper por sus propias manos más de treinta cédulas reales que aquel desvergonzado había ordenado dar y firmar sobre el arrendamiento de las sedas de Granada. Don Beltrán del Salto, contador del rey, fué el encargado de venir con esa «embajada» a «mi Arzobispo», contándose sobre este lance que el humilde fraile, después de rasgadas dichas cédulas, dijo al emisario: «Agradeced a Dios, Beltrán del Salto, que sois mi amigo, que si no, yo hiciera al Rey que os mandara cortar la cabeza». Y volviéndose a Juan Vallejo, su paje de Cámara, le dió los trozos para que los guardase, trozos que se conservaron por mucho tiempo en los archivos de Alcalá.

Acto seguido Cisneros marchó a ver al Rey, y con toda la humildad que le caracterizada, pero al mismo tiempo con la energía del que no pide para sí, hizo ver al Monarca que, de seguir con esas anomalías e injusticias, podrían venir daños irremediables.

Contestóle don Felipe, poniendo por disculpa el poco tiempo para enterarse de esas desagradables noticias, y significándole que le engañaban, cosa muy extraña, dada la poca buena fe que siempre demostró hacia España. Pero, conociendo el buen celo del Arzobispo, le dijo que a él solo quería tener de allí en adelante por verdadero padre, como don Fernando, su suegro, se lo había dejado encomenda-